

2853

982.034  
V23

EL

# LIBERTADOR SAN MARTIN

Y LOS

## AUSTRO-SUDAMERICANOS

POR

Carlos Vallazino Mizó

Consul de Colombia en Lima, Miembro del Instituto Colombiano y de la  
Sociedad venezolana de Geografía  
Benemérito de la Patria, condecorado con la Cruz de Cossepel, etc.



LIMA

LIBRERIA É IMPRENTA GIL.  
Calle del Banco del Herrador, Nos. 113 y 115

1904

Las Letras esta verdadera redención del  
espíritu humano, en los llamados a des-  
briello a la Satira, y hacerla próspera, feliz  
al reintegrarla, no por lo fuerse ni el odio  
que destruyan, sino por la inteligencia, el  
amor y la buena voluntad fundadoras de todo  
cuanto es perdurable en la humanidad.

Los jóvenes como Ud son los llamados, al en-  
girse necesariamente en la cosa pública, a re-  
suzar esta obra magna.

## EL LIBERTADOR SAN MARTIN

Al distinguido joven por la Univer-  
sidad con el primer premio en la Facul-  
dad de letras don

José C. de la Pava Agüero.

El Autor

Este folleto ha principado a circular  
concedidamente el día onoverrenio de  
Agüero.

EL  
LIBERTADOR SAN MARTIN

Y LOS  
AUSTRO-SUDAMERICANOS

POR

*Carlos Vallazino Mizó*

Cónsul de Colombia en Lima, Miembro del Instituto Colombiano y de la  
Sociedad venezolana de Geografía  
Benemérito de la Patria, condecorado con la Cruz de Cospad, etc.



LIMA  
—  
LIBRERIA É IMPRENTA GIL  
Calle del Banco del Herrador, Nos. 113 y 115  
—  
1904

# EL LIBERTADOR SAN MARTÍN,

Y LOS

## Austro-Sudamericanos

---

El 25 de Febrero serán ciento diecisiete años que surgió al mundo la selecta personalidad del eximio hombre público, quien debía tener por patria un continente, no obstante de haber nacido en un rincón americano; en Yapezú (República Argentina) pequeño lugar entonces, de densas y frías nieblas en lo físico, así como de las sombras y degradantes manifestaciones de la tiranía de la época, en lo político y social; del obscurantismo religioso, como atmósfera intelectual. Tal egida, tales pañales que hubieran, hecho del común de los mortales, una unidad más en la larga y tenáz cadena de la servidumbre, sirvió sólo para preparar el genio. Hicieronle ellos adivinar al héroe futuro que tras de tanta obscuridad debía existir el sol de la libertad, del derecho, de la razón, de la justicia.

Don José de San Martín pasó sus primeros años en aquél lugar, bajo aquél ambiente viendo tratar un poco peor que á las bestias á los indígenas, quienes eran considerados bagajes de segunda clase y se les azotaba, á cuerpo desnudo, sin piedad ni recato.

Castigo que les infligían los ministriles de las misiones, en la peana de una cruz, símbolo de redención, en presencia de todos sus compañeros de vasallaje, de ambos sexos, sin reparos á los fueros del pudor, por la menor falta, y sobre todo, cuando no asistían á la "doctrina", sufrían tan degradante vergüenza pública.

¡Qué escuela, ésta, tan contraria para formar el carácter de un libertador!

Pero así como sale del carbón el diamante, negrura tan densa, servidumbre tan abyecta hizo cristalizar en el espíritu de San Martín invencible antipatía por tales horribles desmanes de lesa humanidad; y del antro de la esclavitud surgió el hombre de la libertad; el soldado del derecho.

Su padre, como gobernador de la Provincia, alcanzó á merecer la prerrogativa de enviar á su hijo á colegio de nobles de Madrid, en donde hizo sus estudios secundarios con distinción. Luego pasó á los presidios de Orán á perfeccionar su educación. Episodio feliz para la germinación de ese genio. Allí, en el clima tropical de Argel, volvió á verse frente á frente con la esclavitud y la servidumbre, sintió los ardores del nuevo ambiente que animaba su cuerpo y los chirridos de las cadenas penales de los infelices reclusos. Las miserias que presenciaba nuevamente, ya hombre, recordábanle las de sus miseros, inocentes compatriotas, también encadenados; tan humillados, tan embrutecidos, tan desgraciados bajo el yugo aunado de dos tiranías imponderables: la política y la religiosa. El eslabón forjado en su mente con aquellos hierros acerados, chocó en el pedernal de ese carácter formado para el bien y de ese choque, surgió la chispa de la libertad, que incendió su ánimo viril, formó luego hoguera en España, luchando por la independencia de esa madre-patria. La sangre que vertió en Cádiz y Bailén por tan santa causa fué propiciatoria para la libertad de América.

La iniquidad del César francés y la bajeza del monarca que abdicó sumiso en Bayona, sin apercibirse de que él entrañaba, que era el representante vívido de la soberanía de un pueblo altivo, sirvió á San Martín, al mezclarse en la lucha por la independencia española, de enseñanza para librar los pueblos y de base al pedestal de gloria del futuro libertador.

España, sin la altivez y esforzado valor legendario de su pueblo, habría sido esclava. Tal es la suerte de las naciones que entregan la soberanía que reside en sus habi-

tantes, por derecho natural, á casas reinantes por derecho divino, la fuerza ó el acaso.

San Martín tornó á su país al finalizar 1811. . . . . Meses después, el asalto de San Lorenzo, en el caudaloso Paraná, fué el título con que se impuso, como jefe á los patriotas, el futuro libertador, cuyo genio le reservaba los más altos destinos; no obstante los reveses de fortuna con que debía aquilatar su carácter preparado para la lucha y para la gloria.

Grandes fueron las vicisitudes á que estuvo sometido este héroe de la libertad de un continente, en larga y fragorosa contienda. Por fin, las grandes batallas de la libertad por él libradas hicieron aparecer en el firmamento de las naciones la nueva constelación de la Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay. El Perú debía ser la consecuencia lógica, la coronación de esas victorias decisivas y San Martín vino á libertarlo. . . . . Si no le fué dado llevar á cima la independencia peruana, se debió al misterio de los acontecimientos humanos que reservaba á la unión de esfuerzos de los libertadores del austro y setentrion la tarea de formar un todo homogéneo, fundido en Junín, para levantar, luego ante el mundo en tierra peruana, centro del Continente, con la hecatombe de Ayacucho, ese monumento imperecedero, conjunción de todas las glorias americanas, símbolo de unión de las Repúblicas nacientes, afianzadas en ese día, por siempre memorable, sobre las bases de oro de los Andes, que ligan como dorso de un extremo á otro á Sud-América.

Las guerras intestinas, los odios y rivalidades de pueblo á pueblo, como de hermano á hermano, han impedido la realización de este hecho necesario. Las guerras insensatas, han dividido, desangrado, empobrecido á estas repúblicas; pero los evolutivos secretos del progreso, las llevan á la unión á pesar del *chauvinismo* de algunos caudillos sin verdadero patriotismo.

Si San Martín y Bolívar resucitaran y como en cinematógrafo se exhibiera, ante los ojos de ellos, cuanto ha acontecido (por el odio) en estos países, ensueño por ellos vislumbrado de grandeza real, de gloria positiva: la del progreso por el trabajo y por la paz; cómo se han des-

garrado y mutilado, por nimias rivalidades, tal vez, sentirían en su espíritu algo parecido á arrepentimiento de haberles dado el sér.

No es mi ánimo el ser osado á escribir la biografía de San Martín, cuando Benjamín Vicuña Mackena, este inimitable artista de la pluma, que honra á la nación chilena, con la profusión inagotable de su prosa atildada, iniciador entusiasta de la estatua erigida á San Martín en la capital de Chile, la ha escrito ya con la tinta gráfica del patriotismo, y José Antonio Sofía y Hermógenes Irisarri, notables del parnaso chileno, han cantado la gloria de este héroe libertador, más á lo Washigton que á lo César y Napoleón, como Bolívar.

Las virtudes cívicas de aquel han germinado en sus dos hijas predilectas, sobre todo en la Argentina, su patrio suelo.

Es mi pensamiento llamar con tiempo, por desgracia, ya estrecho, la atención de las naciones hijas de San Martín á celebrar los ciento diez y siete años del natalicio de ese genio, hijo singular de la Argentina, y cuya patria se extiende hoy del austro setentrion del Continente, con un Congreso de paz, de unión entre las repúblicas, hijas de su gloria.

Podría reunirse éste en Buenos Aires.

Se trataría en primer término, de la cuestión Perú-chilena (Tacna y Arica) para eliminar ese cáncer, que entorpece tanto la vida, el progreso del Continente.

De la unión definitiva de estas repúblicas, contra las pretensiones imperialistas hoy en voga.

De la quisquillosa cuestión de límites, nimiedad que mantiene hoscos á estos países entre sí, cuando tienen territorios tan vastos que ni en mil años futuros alcanzarán á poblar ni aún á explotar.

Para este fin podría adoptarse el temperamento amigable, de establecer una zona neutral dentro de los límites de la pretensión de cada país, según el *utiposidctis juris de 1810*. En tal zona neutral, podría cada uno de los colindantes fundar poblaciones, mejorar y civilizar porciones de terreno; y todo cuanto cautive, dentro de

ella, cada país, de hecho y de derecho quedaría anexa-  
do al respectivo territorio.

Esta culta fórmula de la paz y del progreso, certamen permanente de civilización, afianzaría, no sólo la paz del Continente; haría la unión, la confederación de estas naciones, por medio de la ley de atracción evolutiva irresistible.

Completando este plan de trabajos del Congreso de paz "San Martín", con un tratado amplio de Comercio, y en el cual se estipule que todo aquello que se produzca en cualesquiera de los países representados en el Congreso, ó que se adhiera á sus determinaciones, y no en otro ú otros de los referidos países, será importado en ellos, sin derecho ó gravámen alguno. Medio es este muy adecuado, para vencer las rivalidades de los pueblos fronterizos y llegar á una sincera confraternidad: los intereses y negocios en que priva la equidad, es lo que más une á los hombres, y esta libertad comercial sería recíprocamente benéfica.

Como me he limitado á los países australes del Continente, no me es permitido tratar el delicado, el doloroso asunto colombiano del Istmo de Panamá. Pero pudiera ser que aquel Congreso, en que estarían representadas las naciones más potentes y adelantadas de Sud-América, hallara la fórmula justa y pacífica de resolver cuestión tan sensible, tan mortificante para Colombia, al tener en cuenta que Panamá es la llave de Centro y Sud América. (1)

---

(1) El 11 de Mayo de 1903, dió una conferencia ante la Sociedad Colombiana de Jurisprudencia á excitación de ella, después de haberse ocupado, por encargo especial del Ministerio de Relaciones Exteriores de examinar un libro mío titulado "El Canal interoceánico, resumen histórico". Conferencia publicada en el N.º 319 de "El Nuevo Tiempo" en que demostré la siguiente tesis: *El Estado Anasítico del Istmo, es una necesidad actual de la América latina, y para la apertura del Canal Interoceánico, como vía ventral y segura para todas las naciones.* Si se hubiera atendido entonces esta previsión del patriotismo, Colombia no estaría reducida, ni el continente expuesto á incursiones imperialistas.



La intelectualidad chilena, los hombres dirigentes de los negocios públicos, siguen la atinada política de eliminar dificultades, de abatir obstáculos por medio de la equidad en el camino de su desarrollo. Tal parece su intención en sus novísimas relaciones con Bolivia.

Tarapacá ha sido para esa República emprendedora, una moderna California, por las ingentes riquezas que de allí extrae. La anexión definitiva de ese territorio, debería ser complementada y afianzada, con la devolución gratuita de las provincias de Tacna y Arica al Perú. Este acto de alta y generosa política internacional, produciría á Chile más millones, que los diez del rescate que exige al Perú.

El pié de guerra que sostiene por la pretendida paz armada, que no es otra cosa que la guerra misma, latente, sin tiros, pero absorbente de todas las fuerzas vivas del país, que aplicadas á las verdaderas labores de la paz, se centuplicarían en todas formas y aspectos dando energía al anhelado progreso ~~de eliminación~~. Con la sincera amistad del Perú, la cicatriz de esa amputación, que chorrea sangre hace más de veinte años, desaparecería, y el comercio reparador borraría hasta el recuerdo de la fatal contienda, en ambos pueblos.

La nación chilena quedaría vencedora así, no sólo por las armas, sino económicamente.

El motivo de la guerra fué la explotación del salitre; el rico territorio de Tarapacá anexado á Chile definitivamente, es una amplia compensación de los azaros de esa guerra, que tan funesta le resultara al Perú.

Quedaría vencedor también Chile, en el concepto más alto, más armónico con los ideales de equidad, ya que no con los de justicia, porque ésta consiste en dar á cada cual lo que le pertenece. Pero en este caso, y después de una guerra sangrienta, no cabe en derecho la justicia; pero sí obliga la equidad.

Si este pensamiento generoso, que algunos calificarán de utópico se realizara sería tan benéfico en resultados como la buena simiente sembrada en tierra fecunda, que dá ciento por uno.

Si San Martín viviera, no pediría como recompensa de sus servicios, sino que el pueblo chileno, cuya ejecutoria de Nación es Maipú, informándose en el alto concepto de la equidad moderna, llegara á tener la grandeza de la generosidad interfraternal de los pueblos que se hicieron libres y autónomos, guiados por él á la victoria, en gloriosas jornadas en que chilenos y peruanos lidiaron juntos y su sangre, sangre generosa, corrió mezclada y empapó el suelo americano, por tan santa causa.

Bolivia, la hija predilecta de Bolívar, heredera de su nombre; la que tuvo por fundador de su existencia al hombre más justo que ha vivido, al immaculado gran mariscal Sucre, si esa nación fué la causa eficiente de la guerra que desmembró al Perú, ya que ha tenido el tino diplomático de terminar sus querrelas con la nación chilena, debería interponer espontáneamente sus buenos oficios, para hacer viable la idea aquí someramente expuesta.

La Gran República Argentina, patria del altruista sin regateos, generalísimo San Martín, al tomar este pensamiento por suyo, bajo su égida, oficiara como buena en las aras sagradas de estas nacionalidades: no hay duda que inclinaría á la sesuda Chile á tal negociación benéfica para todos.

Se trata de honrar la memoria del Padre Libertador de estas naciones, á quien han colmado de honores y levantado bronce impercederos. ¡Qué mucho que se le erigiera ahora un monumento moral, templo de la concordia, cuya base sería la de un mundo y su cúpula se alzaría en el cielo sin lindes de una paz perpétua. Las consecuencias sociológicas de acto tan trascendental no alcanza á medir las la previsión humana.

No debe juzgarse este proceso, alto de suyo, con el estrecho y sórdido criterio judaico de mercader hebreo al estimar á Tacna y Arica, pueblos cuya voluntad es la de reintegrarse á su patria, como una prenda mercenaria, porque ellos forman parte integrante de la Nación á quien San Martín al darle el ser, desplegando, ante el mundo, la bandera bicolor en Huaura, dijo:

“El Perú es desde este momento, libre é independien-

te por la voluntad de los pueblos y por la justicia de su causa, que Dios defiende."

En Chile han levantado estatuas, y rinden el culto de la religión del patriotismo al fundador de la Nación. En el Perú tiene estatuas también, altares donde el patriotismo hace votos por la unidad nacional ante su eximio fundador y protector.

Si estos no son vínculos sagrados, que imponen la equidad y la benevolencia á estos pueblos, y se hacen superiores á ellos intereses egoístas é inclementes vendrían los tiempos bárbaros en que razas opuestas y feroces antes de la ley cristiana exclamaban.

¡Ay de los vencidos!!.....

Es este estado de cosas lo que produce el aniquilamiento mutuo de los países que anexas por la fuerza pueblos, territorios. Situación en extremo insostenible, más para el vencedor, que, siempre tiene que estar en guardia sobre la brecha, temiendo la reacción, armado hasta los dientes, consumiendo sus propias riquezas y fuerzas.

Para el vencido todo esfuerzo es un progreso que lo saca de la postración en que su infortunio lo sumiera.

Chile, como nación vencedora, consiguió, además del prestigio de sus armas, de su poder, cuanto es equitativo para compensar los sacrificios de la guerra, con la anexión de Tarapacá: si pretendió algo más en el primer momento antes de conocer la importancia de lo que tomaba, debe ser generosa con un pueblo hermano al devolver el exceso con desprendimiento, ya que Tarapacá ha resultado, tan pingüe, que colma sus aspiraciones.

Estas ideas que emito á fuer de sud-americana decido, fueron expuestas á mi distinguido amigo, compañero de viaje, de Panamá al Callao, general E. Körner, quien me dió autógrafos suyos de gran valía que conservo con cariño y de que haré uso discreto llegado el caso.

El general Körner, eminente militar, de ideales modernos, si ha sido para Chile un hallazgo inestimable, es para la América latina una como promesa de que se conseguirá no muy tarde, eliminar todo elemento disociador en el continente, para llegar á la amistad sincera y eficaz de

todos estos pueblos. Tiene un espíritu muy amplio é ilustrado y su altruismo se desborda al tratar de estas naciones, por las cuales siente sincero afecto, casi confundible con el patriotismo.

—Yo soy, me dijo un día, monarquista en Alemania, en mi país natal; pero en estas repúblicas me siento más republicano que muchos de sus hijos.

—Muy satisfactorio, muy agradable es para mí oír palabras tan prometedoras en buenos resultados, para la idea que acaricio constantemente: la confederación latino-americana, le contesté.

—Es que en Ud., general, he encontrado un hombre lleno de entusiasmos por el bien de esta América, tan desconocida, como injustamente vilipendiada. Los escritos de Ud., que he tenido el gusto de leer, me hacen considerarlo como buen elemento propagandista de tan noble causa.

Ojalá venga Ud. á Chile; ofrezco á Ud. con franqueza militar de camarada, *cuartel* y *rancho* en mi casa. Allá verá Ud. que en nuestro Chile hay muchos hombres de verdadero mérito que abundan en estos ideales que especialmente acariciamos.

Si el eminente General, que con tan justos títulos es atendido y respetado en la sesuda Chile patrocina, como espero, este esbozo de paz y unión continentales no hay duda de que podrían hacerse viables.

Aún cuando algunos periódicos chilenos manifiestan sus ideas tendientes á conservar para Chile Tacna y Arica, sin tener siquiera en cuenta el pacto solemne del Tratado de Ancón, esto no debe tomarse como expresión oficial de las intenciones del Gobierno que resultarían tan opuestas á los dictados del honor y la justicia, y mucho más cuando el Perú, oficialmente no aspira sino al cumplimiento de lo pactado en Ancón.

Uno de esos periódicos, no obstante, abre como un postigo en la fortaleza de su inexpugnable patriotismo, por donde el derecho y la justicia pueden penetrar.

Propone que haga Chile de Arequipa á Arica un ferrocarril de 400 kilómetros, más ó ménos, de extensión; obra que estima el referido periódico en un millón y medio de libras esterlinas y que uniría varias poblaciones peruanas y promovería el comercio y llamaría al progreso

muchos territorios hoy inútiles y abandonados; á trueque eso sí de incorporar definitivamente las provincias de Tacna y Arica al dominio de Chile.

Por este medio no quedaría resuelta la cuestión, sino aplazada. El mismo periódico, sin fijarse, así lo expresa, cuando dice que *después de un número de años de explotación del mencionado ferrocarril podría cederse la sección del territorio peruano sin gravamen alguno.*"

¿Por qué nó, decimos, ponerse en los términos de la equidad y devolver al Perú sus dos provincias, imponiéndole la obligación de construir un ferrocarril, desde Arequipa hasta las legítimas fronteras chilenas? Así sería posible que aquel país accediera, aunque con mayor gravamen, pero reproductivo, á cambiar los términos de su derecho, establecido en el incumplido pacto de Ancón.

Este medio ambiente si resolvería equitativamente problema tan embrollado, sin motivo que lo justifique.

La paz perpetua y el comercio llevarían luego á los dos pueblos á una fusión de intereses que recompensarían ampliamente el sacrificio de amor propio, de vanidad que divide á las dos naciones.

"Así, la distancia material que separa los pueblos de nuestra América, dejaría de ser tan difícil de vencer como lo era en la época en que las huestes del Orinoco llegaban jadeantes á las márgenes del Rimac y los granaderos de Mendoza atravesaban los Andes y seguían hasta dormir en Junín bajo el laurel común con los hijos de Colombia; entonces podrían verse sin dificultad las multiplicadas imágenes del héroe de Chacabuco y de Maipú en las plazas públicas, en los salones y en las humildes moradas de Buenos Aires, de Santiago y de Lima, en donde la figura del Jefe respetado y austero se encuentra á cada paso, rodeado de veneración y de cariño" formando de estos pueblos una sola familia.

CARLOS VALLABINO MIRÓ.

